



PUES NO SÉ QUÉ LE DIGA

La Universidad

JESÚS QUIJANO
CATEDRÁTICO DE DERECHO MERCANTIL

«La formación de un profesor universitario requiere un proceso de maduración que ni se puede ni se debe precipitar»

El comienzo del curso académico por estas fechas del mes de septiembre es siempre un buen momento para reflexionar sobre el estado de la Universidad, sus problemas, sus demandas, sus necesidades, sus aspiraciones. En la misma esencia de la institución está desde sus orígenes una seña de identidad que, con todas las variantes que se han sucedido a lo largo de su historia, permanece incólume. La Universidad es en esencia el punto de encuentro entre dos colectivos, los profesores y los estudiantes, a los que se ha unido un tercero, el personal de administración y servicios, con una tarea cada vez más importante en todos los órdenes de la actividad universitaria. Los profesores están para enseñar y para hacer crecer el conocimiento con sus investigaciones; los alumnos están para aprender y para adquirir capacidades que les permitan acceder a una profesión especializada. De manera que el estado de la Universidad en un momento determinado no es más que el conjunto de condiciones en que unos y otros desarrollan su tarea. Y visto así, no podrá negarse que los problemas planteados, los nuevos y los pendientes, son muchos y de considerable envergadura. Requerirían de un amplio informe y aquí sólo puedo apuntarlos y resumirlos.

Del lado de los profesores me parece especialmente preocupante lo que podemos definir como el relevo generacional, o la sustitución vegetativa, lo que genera una sensación añadida de incertidumbre y de falta de expectativa nada buena para la planificación adecuada de una carrera académica. Ocurren dos fenómenos complementarios entre sí: por una parte, las restricciones económicas de estos años (la dichosa tasa de reposición, la escasez de nuevas dotaciones) han configurado un 'ejército de reserva' integrado por profesores muy cualificados, con todos los requisitos cumplidos, con preparación y con experiencia, cuyas posibilidades de avanzar y culminar el itinerario están enormemente limitadas; por otro lado, el incentivo para la incorporación de nuevos profesores carece, por esa y otras razones, de estímulo suficiente. Muchos alumnos brillantes y dispuestos, que estarían en condiciones vocacionales de iniciar el camino, prefieren otras opciones que les aportan más seguridad, a plazo más corto y tal vez con menos esfuerzo y mayores compensaciones. El resultado de ese cúmulo de circunstancias es fácil de adivinar: una generación de profesores (que es la mía) atisbando una jubilación relativamente cercana; la siguiente esperando el milagro de la promoción para estabilizar debidamente su estatus, con riesgo cierto de desmotivación; detrás un notable vacío que no será fácil ni rápido cubrir con garantías, porque la formación de un profesor universitario requie-

re un proceso de maduración que ni se puede ni se debe precipitar. Si no se aborda con decisión y prontitud esta situación, el desequilibrio será creciente y terminará sufriendo, si es que no está ocurriendo ya, la propia calidad de la oferta educativa.

A ese panorama hay que añadir las dificultades que atraviesa la investigación en muchos campos, mermada en recursos y en medios, limitada en incentivos y aquejada de penurias que impiden iniciar o continuar proyectos de interés. Y es cierto que la Universidad debe abrirse más y captar apoyos en su entorno socioeconómico con voluntad competitiva. Pero también lo es que su función es impulsar la investigación como fin propio, incluso en campos del saber de los que no va a obtenerse una patente ni una rentabilidad económica, al menos a corto plazo.

Del lado de los estudiantes el problema fundamental, creo yo, está en la poca confianza de que la formación universitaria, o la obtención de un título, proporcionarán garantía de acceso al mercado de trabajo en condiciones dignas. Cuando yo era

estudiante, terminar una carrera concedía expectativas profesionales prácticamente inmediatas; hoy no está tan claro que sea una ventaja comparativa. Y si lo es, sólo alcanza a los más destacados y, a menudo, en lugares lejanos. Además, las esperanzas que pudo suscitar el llamado modelo Bolonia de armonización comunitaria de la enseñanza superior están

bastante en entredicho; todavía no han terminado de asentarse los nuevos grados y postgrados y ya se empieza a plantear la posibilidad de reducir temporalmente los primeros y ampliar los segundos, para redistribuir la dimensión de la formación general frente a la especializada que se deberá obtener en los másteres, todavía poco rodados en las Universidades públicas. Algo similar a lo que ocurre en la política de becas, donde las restricciones del presente vuelven a suscitar el debate de las alternativas, y otra vez aparece el 'préstamo retornable' en el horizonte, precisamente cuando las condiciones del empleo juvenil harían más complicada la restitución, sea o no con intereses.

A todo ello, en fin, se unen problemas más estructurales de dispersión y sostenibilidad de centros y titulaciones, de distribución territorial de la oferta, a menudo duplicada con poca racionalidad, de reticencias a la colaboración interuniversitaria, incluso en una misma comunidad autónoma, etc., etc. Porque éstos lo son del conjunto del sistema universitario español, y de nuestras Universidades en particular.

Por eso, por todo eso, es el momento de plantear seriamente si queremos una Universidad socialmente útil, o si simplemente queremos ir tirando. Y ojalá aún no sea tarde para sacar las consecuencias y tomar las decisiones.



:: TOM WANG / FOTOLIA